

sada entre estrecheces e incomprensiones y la vida dura y difícil, luchando con obstáculos de toda índole, como si el destino quisiera poner a prueba la calidad y la fuerza del temperamento, la voluntad y el temple, así como la magnitud de un ideal. No cuenta Glück entre estas raras excepciones, sino que se ajusta a lo que parece ser cruelmente normal en los genios, como podremos comprobar por los datos que siguen.

Un guardabosques que prestaba sus servicios en los dominios del príncipe Lobkowitz, situados cerca del territorio fronterizo con Bohemia, en Berching, era el padre del pequeño Cristóbal, más tarde el gran Glück, quien pasó una infancia desdichada y triste, sufriendo, dada su baja condición social, privaciones y miserias.

Por su instinto musical y por su agradable voz fué infante de coro en la escuela de los jesuitas de Komotau, donde se inició en los estudios del canto, del clave, del violín y del órgano. En Praga, donde se trasladó al avanzar su edad, es músico ambulante y gana su vida cantando y tocando el violín, abriéndose camino por su propio esfuerzo y por sus excepcionales condiciones, llegando a sobresalir como violoncellista, instrumento que cultivó con gran provecho. Trasladado a Viena en 1736, el príncipe lombardo Malzi, admirado de su habilidad y maestría, que tuvo ocasión de observar en una velada musical organizada por el príncipe Lobkowitz, se lo llevó consigo a Milán, donde le prestó su protección, dándole oportunidad de estudiar la composición con Sanmattini, maestro de gran renombre y en boga a la sazón. En 1741 estreno una ópera, *Artaserse*, y pronto empieza a ser conocido y tan admirado que le reclaman desde Londres, donde se traslada, y donde contempla por sí mismo el indescriptible entusiasmo con que eran acogidas por aquel público las obras de Haendel, el gran músico alemán. No era tarea fácil conquistar el éxito y compartirlo con el que obtenía Haendel, que era considerado como un ídolo; pero Glück salió triunfante de la empresa al estrenar su *Caduta dei Gi-*

*ganti y Artemisa*. A pesar de estar compuestas estas dos óperas con fragmentos de otras anteriores, siguiendo la costumbre muy frecuente en aquella época, ambas obtuvieron magnífica acogida. Un año después de su viaje a Londres se traslada a Viena, donde su residencia no fué definitiva, pues durante varios años vivió alternativamente en Austria e Italia, cuyos dos ambientes musicales y estilos diferentes no dejaron de influir en su producción, retardando la cristalización de su verdadera personalidad, que no se hizo patente en toda su fuerza hasta más tarde, en que, tras de un largo y complicado proceso espiritual, y guiado, aún más, materialmente atraído por un ideal de pureza y de sinceridad, logró encontrarse a sí mismo y crear un estilo propio, por el que esta potente personalidad ha quedado afianzada y como ejemplo admirable en la historia de la música.

Si fué muy importante en la elaboración lenta y tenaz del nuevo estilo que le caracteriza como verdadero reformador de la ópera y hasta *re-creador* de este género, la constante inquietud de Glück, no lo fué menos el conocimiento entablado con el libretista de la época Raniero de Calzabigi, quien influyó poderosamente en él, contribuyendo a robustecer sus propias ideas.

El nuevo estilo que a la música dramática, es decir, a la ópera, imprimieron en íntima colaboración Glück como músico y Calzabigi como libretista, y que ya tenía sus antecedentes en la Camerata Florentina y en Claudio Monteverdi, puede sintetizarse —y creemos que con esta síntesis se llegará a su comprensión— en algunas frases extraídas de textos publicados por ambos autores, el músico y el poeta. Dice Calzabigi: «Yo no soy músico, pero he estudiado mucho la declamación. Se me reconoce el talento de recitar muy bien los versos, en particular si son trágicos, y sobre todo los míos. Yo pensé, hace veinticinco años, que la única música conveniente a la poesía dramática, y sobre todo al diálogo y a las arias que llamamos de «azione», era la que más se aproximase a la declamación na-